

El porvenir, el futuro de Soo, vuelve a preocuparnos cuando se va esfumando entre el cielo y los inmensos arenales. Ya en esforzado andar por la vega de Soo, con Las Machinas y Muñique al sur, sigue uno pensando cuál será el futuro de la pequeña humanidad que vive en Soo aferrada al pasado. No en balde se tiene la sensación de que el presente y el porvenir son pulverizados, para que revuelen juntamente con las arenas sin quedar nunca en su lugar. Por eso, al volver la vista hacia atrás, Soo parece soñar engullendo su vivir, triturando las horas y minutos recién nacidos. Por la misma vega de Soo, cuya andadura es pesadísima, flota una mano invisible que dirige y detiene a su antojo al tiempo. Una repetida pregunta tortura a la mente más equilibrada: ¿Y ahora, qué sucede? ¿Cuál es la hora presente?

La monotonía «sahárica» se rompe con la leve presencia de la montaña Mosta, que es necesario trepar para admirar al endiablado caserío del Cuchillo, donde una dama¹ de rango y prosapia manejó con mano dura a multitud de «majos» y moriscos a principios del siglo XVI, de los cuales «muchos se bautizaron y quedaron con libertad en esta isla»². La aldea del Cuchillo, pobre, chiquita y sin recursos, es muy dada a la fantasía, y cree en la bestialidad inteligente, en animales poseídos del demonio y en las dotes que tienen los cuervos para encontrar presas que alegran el corazón de los enamorados. Nada más sacrilego en El Cuchillo que poner en duda el origen tenebroso de esos animales agoreros. En cierto modo, hay culto al cuervo en El Cuchillo, aunque más bien se le teme... El cuervo vuela eternamente sobre el pobre caserío, y los «cuchilleros» miran los espacios para

seguir la siniestra evolución del ave agorera, con la desdicha de no poder librarse jamás de las supercherías que, de padre a hijo, han ido arraigando en la sangre y medula del Cuchillo.

Desde la montaña Mosta ya parte uno hacia costa de barlovento, rumbo por entre Los Dises y la casona de La Caldera del Cuchillo, o montaña Mihera, milenario cráter identificado como el más antiguo de esta isla³, cerca del Marrubio, donde don José Lubary armara aquel célebre escándalo, en la creencia de que había encontrado aguas extraordinarias. Ni corto ni perezoso cursó a Las Palmas el siguiente precipitado telegrama: «Vengan urgente punto hemos encontrado aguas raras». Luego, sin más averiguaciones se demostró que tales aguas no eran otras que filtraciones del océano.

Llegar a la Costa de Barlovento resulta un espectáculo maravilloso, porque allí el Atlántico brama, grita y silva, como la voz de los dioses implacables. Las grandes olas espumosas, sonoras y azules, se suceden una a una con claridad meridiana, en especial por la parte del Rebolaje de Machín, anatema terrible que no se detendría jamás ante los dardos de Hércules o la espada de Teseo. ¡Buena cosa encuentra uno por esta costa de barlovento, punto menos que desconocida! Por aquí tiemblan los cielos con el resplandor del sol, sintiéndose la bravura litoral como algo emocionante, como si de un momento a otro la cornisa rocosa fuera a desplomarse sobre las impetuosas mares festoneadas. La pequeña península de Mejías, con su isleta abarloada que, como una embarcación, parece tener un valor desmelenado, sin miedo al naufragio que tanto atemoriza a los pescadores. Y el río salado, con sus pirámides de sal, sus molinos y sus rectangulares espejos de agua cerrada. No nos da La Costa de Barlovento una imagen humanizada, sino la de una deshumanización absoluta regida, sin duda, por las fuerzas ciegas de la más salvaje naturaleza.

A poco tramo de la península de Mejías está la residencia veraniega de la gente de Tinajo, que suele inundarse cuando el Atlántico tiene inesperadas crecidas, acompañadas siempre por vientos huracanados⁴. Esta residencia de estío, misteriosamente llamada La Santa, fue en otros tiempos muy frecuentada por gente linajuda, aunque en la actualidad apenas si nadie acude allí. Después de rápido barzoneo por las contadas casitas de La Santa, que parecen estar soldadas a los risquetes de la orilla, trepa uno la montaña Bermeja, resquebrajada, partida a tajos, y desde su cumbre vese a Dios, al mar, obscuro como boca de lobo. A los pies queda el fatídico y nunca bien aclarado Morro de los Betancores, donde dicen que se escondían las criaturas habidas al margen del matrimonio. Hay quienes hayan oído el lamento de los niños, ateridos de frío, y quienes hayan visto ahogarse por allí a una madre arrepentida y desesperada. A la derecha del de los Betancores, vese emergiendo de las aguas atormentadas a Morro Negro, con sus crestas y púas de piedra, cual si fuera un monstruoso reptil o un demonio disfrazado. Más allá la Costa Blanca, cuyas arenas no son otra cosa que un polvillo de con-

chas marinas, que refractan la luz solar, como si ese tramo precioso estuviera lleno de partículas diamantinas. Pero, a la izquierda, detrás de Los Lajares y de Los Cuchillos, está la legendaria Cueva de Ana Viciosa, casi abrazada por el Caletón de las Ánimas y a dos pasos del seno de Las Crucitas, acá de Punta Marcial, donde se inician los grandes escurrajos de lavas, de distintas y distantes erupciones, volcados al mar para formar la varia y rara costa de maravillas mil, pero en la actualidad de imposible tránsito⁵.

Todo el trágico litoral que se alcanza con la vista, hasta los Morros del Viento, y aún más allá, hasta la tenebrosa Mar del Cochino, está tradicionalmente vinculado a las correrías del pirata Cabezaperro, ajusticiado en Tenerife hacia la mitad del siglo XVIII⁶. Según la leyenda el célebre corsario tuvo un gran amor en Lanzarote, un amor casi platónico, y del que gozaba Cabezaperro durante los cinco o diez días que, a lo largo del año, la bonanza era posible en las bajas de Peña Dorada. El pirata obsequiaba a su dueña con baratijas de cristal de colores y algunas monedas, sin que su amor exigiera más de la moza que la reiterada promesa de no matrimoniar. Un día Cabezaperro, llevado de las delicias sentimentales, manifestó a la chica que deseaba esconder su personal tesoro, ya que se había publicado y pregonado por doquier el precio de su cabeza. El sitio elegido fue Bonanza del Buey, entre la impetuosa Mar del Cochino y Peña Dorada, no sabiéndose nada en absoluto porque la enamorada se llevó el secreto a la tumba, cuya muerte le sobrevino al llegar la noticia de que Cabezaperro había sido ejecutado en Santa Cruz. Desde entonces se busca el paradero del tesoro⁷, y en la búsqueda se ha encontrado en la Mar del Cochino una argolla de tonelada y media, de bronce, que permanece hundida en las aguas, no siendo visible sino en las bajamares muy contadas. Al parecer, es la tradicional creencia, tal argolla fue colocada por Cabezaperro para amarrar su embarcación, con ánora afuera y cable en tierra, mientras eludía la presencia de algún navío oficial.

Mas, volvamos a la Cueva de Ana Viciosa, cuyo nombre lo toma aquella gran señora que fue doña Ana Viciosa, esposa del viudo gobernador de Lanzarote, don Juan de León Moxica⁸, hijo de don Luis de León que se murió en Agüimes (Gran Canaria) el año de 1572. Doña Ana Viciosa era de aúpa, con vigor de hombre, y de belleza singular, no en balde era nieta de mora cautiva. El galante marqués de Lanzarote, don Agustín de Herrera, le regala la isla de Montaña Clara⁹. Mucho más inteligente y sagaz que su marido, del que enviudó rápidamente, doña Ana Viciosa se las arregló de tal manera que llegó a ser absoluta señora de Tinajo y de la inmensa zona de los volcanes, donde creó pequeñas aldeas abastecidas por moriscos adquiridos a los señores de la Casa Herrera. Esta Ana Viciosa, como mujer de rumbo que era, daba a sus amistades comidas pantagruélicas, cosa que no resultaba «buena» para los reverendos de la Real Villa de Tegüise, que se cuidaron de alejarla lo más posible de la capital insular, o Corte de los santos señores Herrera-Peraza.

Doña Ana Viciosa tuvo varios hijos, y en honor del más querido, Juan Perdomo, puso ese nombre a un pueblecito que luego sepultó el volcán por las inmediaciones del Golfo. Por estas fechas, 1610-1625, solían atacar las costas de barlovento algunos moros resabiados por las anteriores cabalgadas que hiciera don Agustín de Herrera en Berbería de poniente. Es cuando Ana Viciosa decide, por su cuenta y riesgo, colocar centinelas en las escarpaduras y atalayas, prefiriendo para ello a la montaña Teneza, con el fin de estar prevista y tener suficiente tiempo de preparar a sus gentes, ya que los soldados prometidos por la capital siempre llegaban tarde. Había descubierto Ana Viciosa una cueva a mitad del acantilado de Los Cuchillos, cuya boca se abría a unos doce metros desde el mar y a nueve desde su techo hasta la cima. La bien bragada señora hizo de tal cueva una verdadera fortaleza, un refugio magníficamente concebido, con sus troneras cara al Atlántico, su cuerpo de guardia, y sus habitaciones interiores, donde dicen las viejas crónicas que compartió horas de angustia con bellos «capitanes». Cuando los moros invasores osaban sitiar la cueva de Ana Viciosa salían siempre mal parados, porque la defensa que la célebre dama hacía era digna de un gran general.

Hoy el mar ha destruido el complicado camino que Ana Viciosa trazara, colgándolo por los cantiles, por lo que resulta difícil el acceso al histórico lugar¹⁰. La Cueva se ha convertido, con el tiempo, en inmenso palomar y las cacerías se prodigan a mansalva. También despierta el humano egoísmo las grandes masas de estiércol de palomas acumuladas con los años, y sin ir más lejos hará ahora medio siglo, un grupo de campesinos ignorantes lograron escalar la Cueva, para levantar las lastras de estiércol y a la vez descubrir objetos de gran valor, pero que sin piedad hicieron desaparecer por obra y gracia de la incultura¹¹.

Desde las troneras de la Cueva de Ana Viciosa se ve el paisaje del cielo y el del mar, resultando ambos maravillosos y de unas coloraciones bellísimas, que cambian según el sol vaya marcando sus tintas y matices. Esta Cueva, a primera vista, parece una cripta con bóveda de más de tres metros, y alrededor varios huecos, siendo uno de ellos bastante amplio y bien dispuesto, acaso el dormitorio de doña Ana Viciosa cuando hacía noche allí, para guardar personalmente sus joyas de más valor.

Dentro de la Cueva retumba el bramar del océano con tal fuerza que parece más quejido de entrañas volcánicas que la voz de Dios.

NOTAS AL CAPÍTULO

1. Probablemente doña Constanza Sarmiento, hija de Sancho de Herrera.
2. Torriani, op. X, pág. 44. Cioranescu.
3. El doctor Han Magnus Hausen así lo acepta en su clasificación.
4. La Santa sufrió la última inundación en 1958.
5. Desde Las Cruces a la Punta del Jurado hay unos 20 km.
6. La fantasía popular ha hecho amasijo de amores entre Cabezaperro y doña Ana Viciosa, pero nada menos cierto.
7. Repetidas veces se ha intentado rescatar la fortuna del pirata.
8. Mexica, o Monguía.
9. Anteriormente, el 17 de noviembre de 1502, Sancho de Herrera hace merced al padre de Ana Viciosa, don Juan de Saavedra, de unas suertes en Montaña Roja.
10. El Dr. René Verneau, que visitó la Cueva en 1885, dice que creyendo que fuera una antigua habitación mahorera pretendió reconocerla, pero que hubo de utilizar varias escalas empalmadas, por ser inaccesible de otro modo. La Cueva de Ana Viciosa estuvo habitada en días recientes, dice Verneau, cuando era fácil su acceso y el mar no le había hecho su obra de erosión.
11. Cucharillas de plata y oro, con escudos grabados, varios recipientes, y otros objetos de interés.